

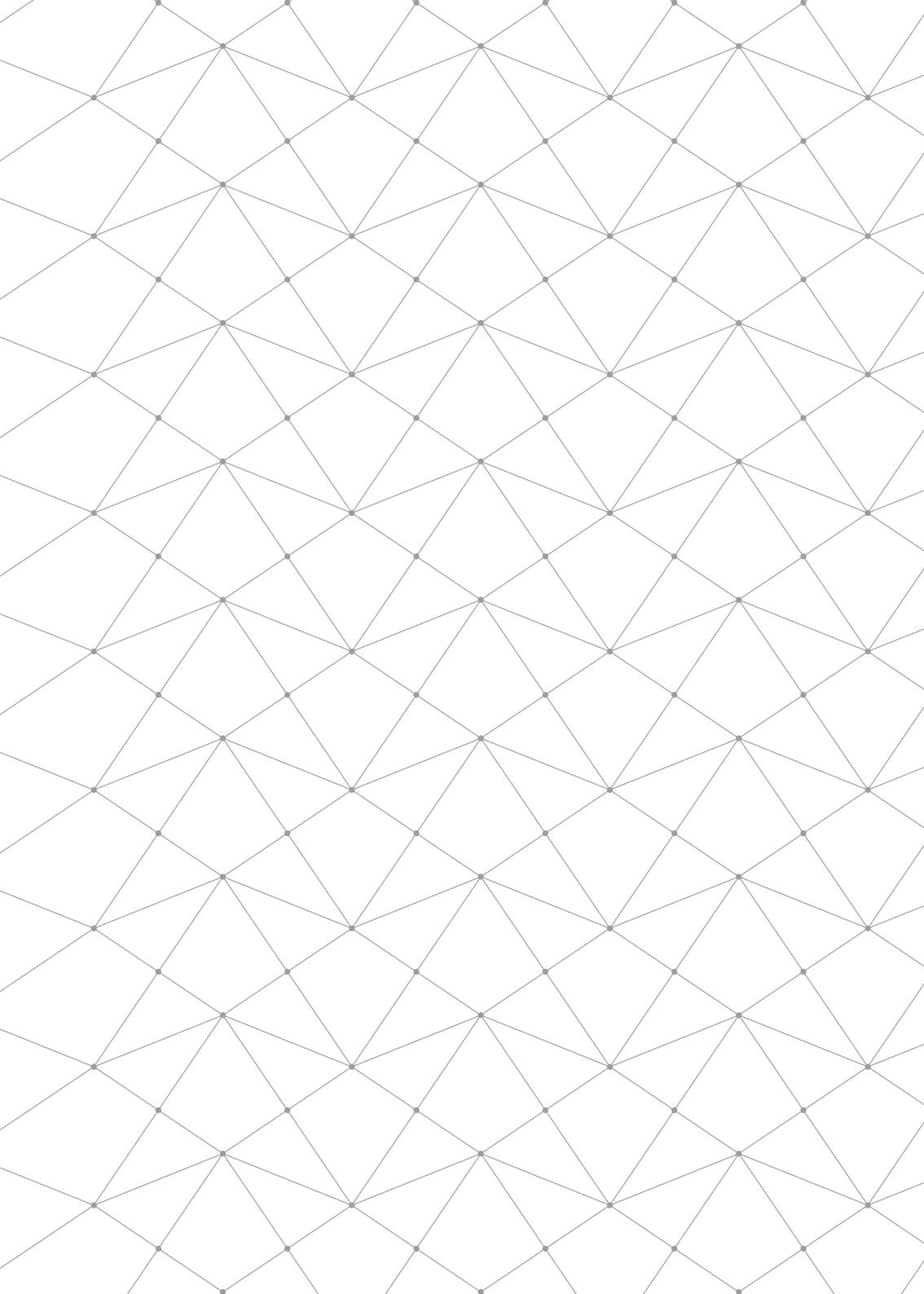


Alonso Cantuarias de las Casas

El Vecco

El hombre que jugaba a contar historias







Alonso Cantuarias de las Casas

EL Veco

El hombre que jugaba a contar historias

Lima, Julio de 2018
Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas

© Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC)
Impreso en el Perú-*Printed in Peru*

Autor: Alonso Cantuarias de las Casas
Edición: Óscar Hidalgo / Diana Félix
Corrección de estilo: Luigi Battistolo
Diseño de cubierta: Christian Castañeda
Diagramación: Diana Patrón
Fotografías: Emilio J. Lafferranderie y Sebastián Anaya

Editado por
Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas S. A. C.
Av. Alonso de Molina 1611, Lima 33 (Perú)
Teléfono: 313-3333
www.upc.edu.pe
Primera edición: junio de 2018
Tiraje: 600 ejemplares

Este libro se terminó de imprimir en el mes de julio de 2018, en los talleres gráficos de Gráfica Biblos S.A. dirección: Jr. Morococha 152, Surquillo, Lima, Perú.

Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC)
Centro de información

Cantuarias de las Casas, Alonso. El Veco. El hombre que jugaba a contar historias

Lima: Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC), 2018
ISBN: 978-612-318-149-9

Periodismo, Periodistas, Biografías, Deportes, Fútbol, Perú

070.92 CANT

DOI: <http://dx.doi.org/10.19083/978-612-318-149-9>

Registro de Proyecto Editorial en la Biblioteca Nacional del Perú n.º 31501401800575

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú n.º 2018-08538

La publicación fue sometida al proceso de arbitraje o revisión de pares antes de su divulgación.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

El contenido de este libro es responsabilidad del autor y no refleja necesariamente la opinión de los editores.

ÍNDICE

Prólogo	11
Capítulo 1: El extranjero	15
Capítulo 2: Señales públicas	47
Capítulo 3: Charlas técnicas	67
Capítulo 4: Últimas llamadas	81
<i>Off the record</i> (palabras finales)	99
Línea de tiempo	105
Fuentes testimoniales	107
Referencias	109
Álbum fotográfico	111

A Federico y Manuel

P. D.: El 30 cumpla 78 y no pienso aflojar. Mientras
viva haré periodismo

El Veco

Prólogo

Escribir de alguien que lo ha hecho como Emilio Lafferranderie es, si no imposible, en todo caso irreverente, igual que oficiar una misa teniendo entre los feligreses al papa. De pluma fina, poética y, sobre todo, conocedora de las costumbres ciudadanas, El Vecó —tal como lo conocí y lo traté profesionalmente unos días en la vieja redacción del diario *El Día* de Montevideo o durante años en la de *El Comercio* en Lima— fue un pícaro sutil, fresco y sano, al que es mejor definir o recrear a través de algunas vivencias compartidas con alguien que fue mucho más que un grande del periodismo deportivo universal y que adquirió por su naturaleza humana los perfiles de un verdadero personaje.

Por ejemplo, Jorge Savia, editor de Deportes de *El País* montevideano, me comentó una vez que, en 1981, durante el Sudamericano Sub-20 que se jugó en Ecuador, la selección y los periodistas de Uruguay subieron a un antiguo y poco confiable avión DC-3 de dos motores que cumplía el servicio de puente aéreo entre Quito y Guayaquil y, antes de empezar el vuelo, en la parte delantera del aparato, se recorrió una cortinita y apareció la figura de una azafata con una canasta entre sus manos. En ese momento se escuchó la voz fuerte de El Vecó, exclamando desde el fondo con voz suplicante: “¡Mamita querida...! ¡En este avión, en vez de caramelos, repartan estampitas para rezar que no pase nada!”. Así era. Ocurrente. Diáfano. Igual que la noche de 1982 —siguió Savia en esa agradable noche en que nos reunimos—, durante el Mundial de España, donde no menos de ocho periodistas uruguayos iban apretados en un auto, sentados unos en las faldas de otros, y varios sin poder siquiera mirar hacia la calle, buscando un lugar donde cenar, pero, como ya era tarde, el que conducía iba de un restaurante a otro, y así sucesivamente, porque estaba todo cerrado. Hasta que, luego de andar dando vueltas y vueltas por Madrid durante un largo rato, El Vecó alcanzó a decir desde debajo de la montaña humana que iba apilada en el asiento de atrás del vehículo, con

bastante ironía y también un poco fastidiado: “¡Hermano...! ¡Cuando lleguemos a la frontera con Portugal avísame!”. Y así hablaba y escribía. Con trazo y expresión de docencia, siempre para conmovir al lector, al escucha y al televidente, guardando aquello que aconsejaba como un patriarca: “Escriba para que lo elogien o lo puteen, pero diga algo; si nadie habla de lo que escribí, ¡no sirve para nada!”.

Trabajar, pues, un libro sobre El Veco, por todo lo que representó en sus 78 años de existencia, no es una tarea fácil, porque fue un periodista completo, que podía incursionar con éxito en cualquier género y medio, aun cuando su vertiente fue siempre el deporte. Es que El Veco no solo impuso su amplitud de conocimientos, sino que, entre sus amigos, una vez cerradas las ediciones periodísticas, formaba gratísimas tertulias acompañadas de su buen humor y de canciones tangueras que dejó oír en la sección Deportes del viejo diario de la calle Miró Quesada y Lampa. “Muchachos, es la única forma de distender el ánimo tras la chamba, y a ver ahora quién invita a la salida el vino”, cerraba sonriente esas charlas inolvidables. Fue un periodista de convicciones claras y rotundas, que no dudó en elogiar al colega por la nota publicada o en criticársela sin aspavientos. También se molestaba consigo mismo ante el inútil esfuerzo que hacía por entender el manejo de la computadora, que tanto le costó dominar (“Pongo un acento y ¡zas!, me sale otro símbolo; quién entiende esto”, lo escuché decir).

De su larga residencia en la Argentina, rescaté de un gran colega y amigo, Jorge Barraza, la versión de que El Veco llegó a dicho país siendo muy joven y se vinculó al vespertino *La Razón*, por entonces muy importante, por ser el diario de mayor circulación de habla castellana. Tras el Mundial de Chile 1962, en el que escribió algunas notas que llamaron la atención, fue captado por la revista *El Gráfico*, que siempre buscó las mejores plumas. Allí descolló durante muchos años con un fuerte estilo rioplatense y llegó a ser subdirector en una época en que la revista estaba plena de grandes figuras periodísticas.

¿Qué entendí de Emilio en los años en que lo traté? Muchísimo. Sabía, por ejemplo, entrarle al entrevistado. Tenía concepto, buen verbo... Un periodista completo, hecho en la fragua de las redacciones de antes, sin estudio pero con mucha lectura y vocación. Y claro que tenía su genio cuando entendía que la razón le asistía. Alonso Cantuarias, un joven periodista, decidió un día escribir sobre El Veco. Sabía que había que investigar mucho, a unos y a otros; que a lo mejor con el transcurrir de los días y los meses el tiempo podría doblégarlo. Pero no le importó. Ni siquiera la frase de un famoso compatriota de Emilio, el gran poeta Mario Benedetti (“Cinco minutos bastan

para soñar toda una vida, así de relativo es el tiempo”) lo intimidó, y hurgó así por todos los lugares, con las personas indicadas, donde hubiera alguien que le contara cómo fue El Veco. Este libro es el fruto del sueño que tuvo Alonso. Disfrútenlo.

Mario Fernández Guevara

Periodista

CAPÍTULO 1

El extranjero



No hay mayor mentira que la verdad mal entendida

William James

Imposible que fuera intrascendente. No necesitó que le enseñaran en un aula cómo redactar para producir emociones en la gente. Podían alabarlo por su prosa, criticarlo por su posición o reflexionar sobre su opinión, pero daba de qué hablar, para bien o para mal. Cuando a los 23 años decidió dejar de estudiar odontología para comenzar el oficio de llenar papeles con letras en Montevideo, lo hizo para dejarse llevar por una pasión que complementaba su amor por la lectura y que satisfacía su interminable curiosidad.

Con el deporte corriendo por sus venas, empezó a gatear en un oficio que se aprende en las calles de la mano de Antonio García Pinto, mejor conocido como “Un García”, editor de la revista *Fútbol Actualidad*. Daría sus primeros pasos en el diario *Acción* y luego continuaría en *El Día* donde logró despegar hasta llegar a la Argentina. En Buenos Aires descolló en *La Razón*, y en la revista *El Gráfico* dictó cátedra como jefe de redacción. “Escribir, siempre escribir, en cualquier lugar”, era su lema.

Sus crónicas desde el Luna Park hicieron que el boxeo fuera más que un intercambio de puños, y sus narraciones de los partidos de equipos de fútbol fueron épicos relatos de hombres que se desvivían por un balón en busca de la gloria y el honor.

Fue el hombre que inmortalizó con su pluma la vida, pasión y muerte del púgil Oscar “Ringo” Bonavena, el cual combatió con Joe Frazier en 1968 y enfrentó al mítico Muhammad Ali en 1970 en el imponente Madison Square Garden, y que trágicamente fue asesinado en 1976 por Ross Brymer, un guardaespaldas del famoso burdel Mustang Ranch. El Veco ayudó a construir la leyenda del corredor Juan Manuel Fangio en las pistas de la Fórmula 1 con sus crónicas entre 1955 y 1958, que incluyeron la cobertura del secuestro del automovilista en Cuba y su fin como piloto, y se dio el lujo de intercambiar unos golpes con el boxeador estadounidense Jack Dempsey, vestidos de frac y aún sin ser íntimos amigos. El papel no le bastó para contar sus historias. Su capacidad para hilvanar frases con dinamismo, su acento inconfundible y la facilidad para evocar recuerdos hicieron que la radio fuera su próxima estación. Y vaya si lo hizo con gran éxito en la patria de Jorge Luis Borges.

También fue aquel periodista que revolucionó la crónica deportiva peruana con un estilo en que la metáfora constituyó un rol fundamental para generarles imágenes a los lectores y así evocarles sentimientos sobre los hechos que leían; instauró los bloques deportivos en los noticieros en Panamericana Televisión; hizo que el programa deportivo radial se adhiriera al menú de los peruanos primero a la hora del desayuno, luego del almuerzo y finalmente en la cena; fue el periodista que obtuvo las primicias durante sus programas en vivo y que señaló públicamente su molestia a las conferencias de la prensa al considerarlas un espacio donde todos los periodistas obtenían un empate en la información; fue el hombre que logró hacer de su profesión un estilo de vida al punto de que su casa se convirtiese en una extensión de la cabina radial de RPP; fue quien cubrió alrededor de diez mundiales, desde Chile 1962 hasta Alemania 2006, con la misma intensidad, ya sea provisto de las viejas máquinas de escribir Remington o de las modernas *laptops*; y fue la persona cuyas crónicas deportivas lo llevaron a publicar tres libros.

Pero otros lo recuerdan como alguien poco agradecido con Pocho Rospigliosi, la persona que lo trajo al Perú; como el comentarista que dejó de ir a los estadios para reseñar desde la comodidad de una cabina; como un periodista que no confrontaba a los directivos de la Federación Peruana de Fútbol por los malos resultados de la selección; o

simplemente como un extranjero que tuvo éxito en el Perú justamente por no ser peruano... Existe pues, la posibilidad de que no fuera el profesional que la mayoría imaginaba.

Emilio Lafferranderie, don Emilio para los amigos, El Veco para todos... Imposible que no trascendiera.

Nada es gratuito en la vida. Toda idea o acción nace de algo, ya sea por imitación o rebeldía para romper con la tradición. Y en el caso de Emilio Lafferranderie, un muchacho de 21 años de la provincia de Minas, se trató de ambos cuando pasó de curar y sacar muelas a adentrarse en el repiqueteo de las Remington, a los pocillos de café y a las municiones de cigarrillos, a las interminables sábanas de información proveniente de cada rincón de este planeta, a los recordatorios en el escritorio, a las libretas de bolsillo y a las comisiones veinticuatro por siete para ganarse el dinero en la calle en tiempos en que internet no aparecía siquiera como una ilusión y las noticias se difundían por un sistema conocido como *cables*, los cuales traían la información más “reciente”, aunque de reciente no tenían nada, porque llegaban con horas o días de retraso.

Pero su cambio de vida no fue un hecho fortuito: venía de familia. Su padre, Emilio Eugenio Lafferranderie, un director de liceo, también se vio atrapado por el mundo periodístico al punto de ser perseguido en la década de 1930 por el Gobierno dictatorial de Gabriel Terra, debido a que había fundado dos diarios de carácter político, *El Oribista* y *El Departamental*, para combatir al oficialismo. Su oposición provocó que estos medios fueran clausurados y que tuviera que huir en una ocasión a escondidas para abordar una lancha clandestina por el río Uruguay y, así, evitar a los militares y ser apresado.

El coraje y la vocación periodística de su padre hicieron que Emilio forjase un carácter fuerte, el mismo que hacía que no se quedara callado cuando debía defender sus convicciones o seguir sus instintos, aun cuando le costaran caro, como tirar a la basura tres años de estudio en la universidad o renunciar a su puesto como editor de *El Gráfico*, la revista deportiva más importante de Argentina y América Latina, al no

estar de acuerdo sobre el enfoque de la crónica de la pelea entre Muhammad Ali y Joe Frazier, que tuvo lugar el 8 de marzo de 1971 en el Madison Square Garden de Nueva York. Para él, que estuvo en el mismo recinto como enviado especial, Ali fue el ganador de la lid, mientras que el resto de la redacción, que estaba en Argentina, había visto como ganador a Frazier.

Una vieja frase señala que “lo que se hereda no se hurta”, y se usa, generalmente, para hacer referencia a algunas virtudes heredadas de un antecesor. En el caso de la familia Lafferranderie, esto se aplicó no solo con el carácter de sus miembros, sino también con algunas circunstancias de la vida que solo pueden ser descubiertas cuando se hace una retrospectiva de los hechos.

Emilio Eugenio Lafferranderie nació en el pueblo de Tarbes, en el departamento de los Altos Pirineos, en Francia, y se fue muy joven a vivir a Uruguay (Maldonado, lo que es en la actualidad Punta del Este) con sus papás (Emilio y Teresa) y sus cinco hermanos. Allí se convirtió en profesor de Geografía y Literatura, aunque sus aptitudes lo llevaron a ser nombrado director de escuelas públicas. Justamente por las características de su trabajo es que tuvo que trasladarse junto con su esposa, Leopoldina Lescano, a Minas, Lavalleja, alrededor de 1930. Pasaron algunos meses para que ese mismo pueblo les diera el 30 de noviembre de 1931 su primer regalo, más valioso que el oro, la plata o cualquier piedra preciosa: su primer hijo, al que llamarían Emilio. No podía ser de otra manera, pues era una tradición que el primogénito se llamara igual que el padre.

Pero Emilito no se quedaría con su nombre. Cuando su padre se le acercaba para darle mimos, él repetía “Veco, Veco”, acaso queriendo decir “viejo”. Esta palabra, producto del a veces indescifrable lenguaje de los niños que recién comienzan a hablar, se convertiría en su apodo y lo acompañaría hasta el final de sus días.

Desde muy pequeño El Veco se habituó a leer (evidentemente por influencia de sus padres, ambos profesores) y a practicar deportes como el fútbol y el básquet, siempre con el escudo del Nacional, su club predilecto, en el pecho. En casa, el equipo familiar se completó con la llegada de José Pedro, Teresa Cecilia y, finalmente, Leopoldo Eduardo, todos ellos también nacidos en Minas.

En sus primeros años de escuela, El Veco destacó en sus clases, sobre todo en lo relacionado a la escritura. A los 12 años, su profesora de grado descubrió esta aptitud y lo incentivó a desarrollarla, halagándolo incluso frente a toda su clase: “El alumno

Lafferranderie va a dar el examen oral por simple norma ya que tiene tres veintes en el escrito”, fue lo que señaló esta en alguna oportunidad según Atilio Garrido, el editor de las crónicas de El Veco de 2009.

Hacia finales de la década de la década de 1940, la vida de Emilio comenzó a cambiar drásticamente. Dejó atrás su natal Minas para mudarse junto con toda su familia a Montevideo debido a que su padre fue trasladado de liceo. Sus amigos, sus paseos por el campo, todo quedó atrás para dar paso a un nuevo inicio en plena adolescencia. Lo que continuó acompañándolo fue su gusto por la escritura, solo que mejoró con el paso del tiempo y así lo evidenció a los diecisiete años cuando una desgracia nacional —el fallecimiento del corredor Héctor Suppici— le valió de inspiración para escribir un texto que fue publicado por *El Lascanense*, un diario local, y donde utilizó como firma el nombre de Velaffe, según consigna Atilio Garrido.

Pero la modificación más drástica en su día a día la tendría a los diecinueve años. De ser un joven que da sus primeros pasos en el fútbol, sumando minutos en los segundos tiempos de partidos ya resueltos y ante equipos modestos, se convirtió de repente en capitán y referente. Y sus rivales pasaron de ser un Deportivo Villa Española a convertirse en Nacional o Peñarol. ¡Vaya reto!

Un mal cardíaco se llevó a su padre a los 55 años, y es así como pasó a ser el principal responsable de su madre y sus hermanos, quienes tenían en ese momento dieciséis, doce y ocho años. Esta circunstancia explica el rol paternal que adquirió y su mayor exigencia para el trabajo, tanto el suyo como el de los demás.

Mientras vestía el traje de jefe del hogar, Emilio también estudiaba Odontología, y sus hermanos pueden dar fe de ello, ya que incluso fueron sus pacientes en el baño de su casa, con alguna extracción de muela de por medio. Pero la labor de salvar dientes, como el portero que evita goles, no lo terminó de enamorar. Su verdadero goce se daba cuando colaboraba con un pequeño *fanzine* impulsado por gente de su facultad y convertía una sucesión de palabras en historias atrayentes. Uno de esos ejemplares cayó en manos de Roberto Pérez, entonces administrador del semanario *Fútbol Actualidad*, quien se lo compartió a su editor, Antonio García Pintos. Ambos coincidieron en que aquel estudiante tenía algo especial y que sus manos no estaban destinadas a tratar dientes: debían contar relatos.

“Me inicié en un *fanzine* llamado *Fútbol Actualidad*, donde por cada nota me pagaban siete pesos”, confesaría años más tarde El Veco cuando recordó cómo a los 21

años ingresó a la redacción de aquella publicación ubicada en la calle San José 1246 en Montevideo. Allí empezó a hacer conocido su seudónimo cuando le tocó firmar sus primeras notas. Su manejo natural de la pluma se benefició de las enseñanzas de Un García, quien más que un editor fue un guía para que Lafferranderie no se abrumara con la dinámica del mundo periodístico. “Use frases cortas y evite las frases largas; por cada idea que exprese, transmita un sentimiento que le dé color a la nota”, recuerda de las primeras lecciones que recibió.

Su trabajo responsable de soldado raso pero que era desempeñado con la sutileza de un artista —elija si escultor, pintor o ebanista— despertó la admiración de sus superiores. Fue así como Un García le recomendó a su amigo Francisco Llano, uno de los fundadores de *Clarín*, que reparara en las crónicas de El Veco.

Esas mismas historias, que en su momento trabajó entre clases y que lo llevaron a dar un salto a un semanario, también le sirvieron para escalar a una nueva cima, el diario *Acción*. Lejos de los diplomas o los títulos de una universidad, Lafferranderie se abrió paso con su puño y letra. Cuando Llano leyó los relatos del joven que le habían recomendado, encontró talento y una tierra fértil sobre la que se podía trabajar más.

En *Acción*, El Veco saldría del mundo que conocía. Las canchas de fútbol, los cuadriláteros de box y la competencia de otros deportes cedieron paso a noticias e informaciones policiales. Un periodista debía estar en capacidad de escribir de todo y Llano quería que Lafferranderie no se encasillara en un rubro. Junto a esta lección que le sirvió para ganar versatilidad en su oficio, en el diario conocería a uno de sus mejores amigos, Julio Marfá Sanguinetti, quien se desempeñaba como columnista y aún no imaginaba que se convertiría en el presidente de su país, cargo que ocupó en dos periodos, 1985-1990 y 1995-2000. Aunque solo coincidieron algunos meses, su relación perduraría con el pasar de los años.

Ya inmerso en las comisiones periodísticas y acondicionado a las redacciones, en 1959 entró a trabajar a *El Día* para colaborar en el suplemento deportivo de los días lunes. Tenía 28 años. De las crónicas y reportajes en los que participó, hubo un relato que se diferenció del resto por la humanidad impregnada en cada una de sus líneas y que para Atilio Garrido, la persona que compaginó sus páginas a lo largo de su carrera, fue el detonante para dejar Montevideo.

La historia en mención involucró a Raúl “El Pulpa” Rodríguez, destacado jugador de Peñarol y de la selección uruguaya que en la década de 1940 fue sindicado como

traidor a los colores aurinegros luego de una serie de errores durante un partido ante el acérrimo rival: Nacional.

El tiempo pasa pero el rumor sigue, empeñando una vida... ¡Lo juro por mi hija! fue el título de la crónica que salió a la luz el 7 de setiembre de 1959 en *El Día*. El texto comenzó con la anécdota que provocó la elección tema y la necesidad que sintió por escuchar qué tenía que contar un exjugador ya retirado como Rodríguez.

Estaba tomando un café, casi oculto por la máquina del express y llegó a mis oídos la discusión de dos hinchas que, acomodados al postrador, rememoraban aquel partido... Ellos lo habían visto desde la tribuna. Dijeron cosas atinadas y también locuras... Uno me defendía, otro me atacaba. Yo estaba allí, viendo cómo un hombre era arrastrado por el suelo y cuando quiero acordar, tenía los puños cerrados como masas... Pero, ¿qué hacer?

El Veco, cuando escuchó este relato, sintió que era necesario oír a los acusados —y acaso condenados— por un rumor y que no tuvieron tribuna para hacer su defensa. Por ello decidió buscar a El Pulpa y conocer de primera mano lo que sentía. Y cuando lo encontró, vivió en carne propia la angustia que sentía la persona —dejemos por un momento su rol como exjugador— por el veredicto que le habían dado aquellos hinchas que antes lo ovacionaban y que desde aquel cotejo con Nacional lo odiaron.

La niña, su señora tejiendo en silencio y el canto del cardenal. El paquete de cigarrillos recién abierto queda en el medio de la mesa invitando a alargar la charla mientras una música lenta viene del dormitorio.

—Esta es mi vida.

Una rutina que se prolonga en el trabajo y la ida semanal a una casita de la Plazoleta Viera donde una anciana le deja un beso en la frente los domingos en la tarde.

Palabras más, palabras menos, la conversación continuó hasta llegar al momento crucial. Saber cómo se había originado el rumor que lo condenó a un vida de perfil bajo, casi a escondidas.

—¿Cómo empezó aquello?

Un partido contra Nacional. Época de la “máquina blanca” [...] Fue un parte largo que Luis Ernesto no alcanzó. Tuve la pelota en mis pies, quise dársela a Máspoli... ¡Tuya grandote! le grité... pero se me fue afuera, al córner... y de allí vino el gol.

Las palabras entrecortadas del protagonista de la historia hicieron difícil contar el diálogo, pero la prosa y capacidad de síntesis de El Veco dijeron en unas cuantas líneas qué fue lo que pasó después.

Desde aquel instante, quien fuera señalado por el argentino Antonio Sastre como un “fenómeno del fútbol” no pudo jamás pisar una cancha sin sentir un insulto, el grito de “vendido” que se levantaba del talud, recorría la América y caía sobre él con fuerza brutal, aturdiendo el pensamiento o frenando los afanes.

—¡Vendido!... ¡Vendido!

Y poco a poco su apile se hizo torpe, el quite perdió firmeza y las piernas parecieron de flan.

El relato siguió con los detalles de cómo El Pulpa sobrellevaba su vida a pesar de verse señalado como una persona incorrecta y que había traicionado a sus colores. El remate final de la historia culminó con una confesión sincera de Rodríguez, quien prácticamente desnudó sus sentimientos ante Lafferranderie cuando dijo:

—¡Puedo afirmarlo ante quien sea, yo nunca fui para atrás. Soy decente y mi hija puede llevar con honra un nombre limpio.

Por más talento que se tenga, dedicarse al periodismo es una profesión incierta. Su familia lo sabía y, por eso, no causó gracia que dejase una carrera universitaria por una labor que no suponía formación académica y que debía aprenderse en la calle. Sin embargo, la adrenalina de las coberturas y la redacción sin descanso para llegar al cierre de la edición del diario fueron un antes y un después en la vida de El Veco, ya que confirmaron a lo que quería dedicarse hasta su último minuto. Tras desempeñarse en *Acción y El Día*, decidió mudarse en 1960 a Buenos Aires, acaso la ciudad de las oportunidades, el destino que probaba cuán capaz era un profesional que optaba aventurarse en el oficio de llenar papeles con historias de calidad y no simplemente con letras.

La decisión de salir de Montevideo fue producto de una propuesta que recibió del diario *La Razón* luego que Félix Laino, uno de los principales periodistas argentinos de aquel entonces, aprobara su ingreso. Sin embargo, un año antes, hubo un episodio que lo marcó. Su referente de infancia, Ricardo Lorenzo Rodríguez, Borocotó, quien

también colaboraba con una columna en *El Día*, lo reconoció durante sus vacaciones en Las Delicias y le dijo: “Vos acá no tenés nada que hacer... Tenés que ir a Buenos Aires”.

Con lo indispensable para vivir, Lafferranderie economizó todos los recursos que pudo para seguirle colaborando a su madre y hermanos. Fue así como eligió vivir en una pensión en la avenida de Mayo, casi en la calle Lima, y que tenía una ubicación estratégica, ya que estaba a tan solo cuatro cuadras de su nuevo centro de laburo. No tendría que gastar tiempo ni dinero en desplazamientos.

Su trabajo en *La Razón* hizo que destacara rápidamente, al punto de firmar sus artículos en una época en que no se estilaba hacerlo. Pero su técnica no era lo único por lo que sobresalía. Su sentido de la responsabilidad lo diferenciaba de sus compañeros. Para él era inadmisibles que alguien llegase tarde al trabajo o se encontrara desinformado, porque eso era una falta de respeto al público. Una nota o una foto tenían que presentarse a tiempo, y mostraba su intemperancia con quienes no lo cumplían. Así era su estilo.

Al igual que durante su etapa en *Acción*, El Vecco no se limitó a redactar sobre deportes. Sus salidas en búsqueda de la noticia para reportar abarcaron diversos rubros como política, música, sociedad e incluso espectáculos. Total, el tema resultaba anecdótico si los acontecimientos llamaban la atención del lector.

Un día tuvo que cubrir un accidente en el centro de Buenos Aires, un derrumbe, y en medio de sus entrevistas a todo aquel que le parecía adecuado e interesante para tener una buena nota, una persona que contemplaba el episodio se acercó y le preguntó quién era. De su papel de entrevistador, había pasado a ser entrevistado. Algo consternado por la inédita situación, se presentó como El Vecco, periodista de *La Razón*. Fue allí cuando su interrogador, que era Héctor Ricardo García, creador de la revista *Así*, lo invitó a escribir en su publicación, que se dedicaba a acontecimientos policiales. Sin buscarlo, Lafferranderie había conseguido un trabajo adicional que le permitía sostener su día a día con un ingreso extra.

Apenas un año y medio después de arribar a la Argentina, su vida cambiaría nuevamente gracias al Mundial de Chile 1962, en el que fue enviado especial de *La Razón*. La crónica que escribió durante el partido entre Brasil frente a España por el grupo 3, y que llevó como título “HH entre las candlejas”, fue magistral y disruptiva para la época. Curiosamente, el contenido no se centró en lo que pasaba dentro de la

cancha, sino en los movimientos que tenía el técnico de los españoles, Helenio Herrera, quien luego fue el artífice de que el Inter de Milán lograra tres *scudettos* en el Calcio durante las temporadas 1962/63, 1964/65 y 1965/66.

Esa crónica comenzó a gestarse antes de comenzar el partido, y a partir de lo que podría interpretarse como una desgracia, acaso como un cambio de último minuto en los botines que suele usar un goleador o en los guantes de un boxeador.

Camino al estadio Sausalito, en Viña del Mar, la camioneta donde estaba junto con Julio César Pasquato, conocido como Juvenal, Trifón Ilich, jefe de Deportes de *El Debate* y Dalton Rosas Riolfo de *radio La Voz del Aire*, sufrió el pinchazo de una llanta, y esta circunstancia los obligó a cambiarla, por lo que llegaron retrasados. El *match* iniciaba a las tres de la tarde.

Al llegar al recinto deportivo, se dieron cuenta de que todos los asientos de la cabina de prensa estaban llenos y que la única manera que tenían de cubrir el cotejo era a través de la alambrada. Lejos de protestar para buscar una mejor ubicación y perder minutos, El Veco se acomodó en su posición y comenzó con lo que mejor sabía hacer: analizar lo que pasaba a su alrededor y a maquinarse una historia para contar. Casi al instante, quedó impactado por la personalidad y el carácter que transmitía Helenio Herrera, técnico de origen argentino que dirigía a los ibéricos. “Era conmovedor ver cómo alentaba a su defensa. Les decía: ‘¡Vamos, que ya los tenemos! ¡Miren que ya falta poco! ¡Lo que te falta en técnica lo superas en corazón!’”, recordó Lafferranderie en el año 2008, y señaló que durante todo el partido Herrera se la pasó alentando a sus jugadores, a pesar de que estos eran paseados una y otra vez por Garrincha, quien los dejó como muñecos de felpa por su velocidad y por lo indescifrable de sus movimientos, gracias a sus pies chuecos.

Si bien el partido lo ganó Brasil por 2-1 gracias a un doblete de Amarildo, el enfoque de la columna de El Veco se centró en lo que pasó en la zona técnica, en el ir y venir —acaso maniático— de un hombre que no se cansó de dar indicaciones durante los noventa minutos por más que su garganta le pidiera un descanso. Él contó lo que el público ignoró porque estaba concentrado mirando a los jugadores pasarse el balón para buscar el gol. Su texto fue algo inédito y nunca antes visto. ¿Quién te describe al técnico del equipo perdedor y no el *ballet* de Garrincha y compañía?

Una vez finalizado el Mundial, y al retornar a Buenos Aires, El Veco comenzaría una nueva aventura en el lugar de sus sueños: la revista *El Gráfico*.

“El día que me llamaron para trabajar en *El Gráfico* ese tránsito me pareció interminable. Era la ilusión más grande que podía tener en aquel instante un periodista deportivo. Se me hace un nudo en la garganta al recordarlo”, señalaría emocionado El Veco el 12 de noviembre de 2008, durante el lanzamiento de la carrera de Periodismo Deportivo de un instituto de enseñanza superior en Lima. Y es que ese fue uno de sus más grandes sueños cumplidos, que llegó de una manera inesperada.

La crónica que había escrito para *La Razón* titulada “HH entre las candilejas” aquel 6 de junio de 1962, y que se publicó un día después, había sido leída por miles de personas (el tiraje del periódico rondaba los 400 000 ejemplares), entre las cuales se encontraba Carlos Fontanarrosa, quien en ese momento aún no era director de *El Gráfico*. Él fue a buscar a los directivos de Atlántida, editorial de la revista, y les hizo notar lo que contenía, pues la prosa de Lafferranderie no era normal en diarios, y menos en la sección de deportes. Por aquel entonces, Dante Panzeri, director de la publicación deportiva, había evitado textos basados en percepciones y vivencias... ¡Y El Veco había aparecido mostrando justamente eso!

“Este tipo de notas son las que tiene que publicar *El Gráfico*. Son las mismas notas que hacían Borocotó y [Félix Daniel] Frascara en *El Gráfico* de los 240 000 ejemplares. Esto es lo que quieren los lectores”, dijo un entusiasmado Constancio Vigil, quien vivía tiempos de incertidumbre, pues las ventas habían caído en los últimos meses y solo llegaban a 90 000.

Al poco tiempo de aquel encuentro, Fontanarrosa sería nombrado director de *El Gráfico*, ante la sorpresiva renuncia de Panzeri después del Mundial de Chile, a causa de mostrarse en contra de una propaganda que buscaba publicar el entonces ministro de Economía argentino Álvaro Alsogaray. Fue así como el nuevo director de la publicación argentina tuvo carta libre para fichar a Lafferranderie y a otros periodistas que le habían llamado la atención, como Julio César Pasquato y Ernesto Cherquis Bia-

lo (ingresó tiempo después), quien recuerda cómo su colega uruguayo (y posterior gran amigo e incluso con cuñado) reaccionó ante la propuesta de *El Gráfico*: “A Emilio lo sorprendió fuertemente la propuesta de *El Gráfico*, que era la revista número uno de Argentina, una de las cinco mejores del mundo, la de mayor influencia en América Latina, considerada unánimemente como la Biblia del deporte. Lo mandó a llamar Fontanarrosa y allí se produjo algo inesperado. Para El Veco llegar a *El Gráfico* era como venir del fútbol uruguayo, por ejemplo, del Nacional, haber jugado en un equipo como Vélez o Banfield, y que, antes de que su contrato acabe, Boca o River se acerquen para pagar la cláusula de recisión para incorporarse a ellos y jugar en primera, de titular. Esto se dio pocas veces en el periodismo de la Argentina”, comenta. Ya en *El Gráfico*, Lafferranderie, Juvenal y Cherquis lograron que la publicación llegase a los 149 500 ejemplares en menos de un semestre.

La aventura en Argentina duraría hasta 1980. En *El Gráfico* vivió una gran década, en la cual llegó a ser jefe de redacción. Además, tuvo la oportunidad de hacer coberturas antológicas, como la del 17 de diciembre de 1968 en Tokio, Japón, donde fue testigo de la victoria pugilística del mendocino Nicolino Locche Devenditti, de 29 años, sobre Paul Fuji, quitándole la corona mundial en una faena inolvidable. El final de la crónica es un deleite porque, más allá de los golpes, de los movimientos dancísticos de sus protagonistas y del resultado, El Veco reflexionó sobre lo que quedó luego de la pelea. Llamó a esa crónica “La apoteosis de Locche” y la escribió el 17 de diciembre de 1968. El texto de Emilio Lafferranderie, recogido en sus crónicas de 2009, iba como sigue:

—Yo se lo había dicho al señor embajador, ese Fuji iba a comer higos con bombilla después de la pelea.

La lluvia cae sobre el parabrisas del Mercedes 220 de la embajada argentina. Ni el titular de la representación, Juan B. Martín, ni nosotros tenemos ganas de hablar. Todavía medimos por dentro la emoción del triunfo. Todavía el embajador y nosotros tenemos los pechos sacudidos de abrazos.

—Pregúntele a ese hombre, señor embajador, lo que le dije hace tres meses en Mendoza. Pregúntale si no le dije que paraba la pelea, que lo iba a cortar tanto que Fuji no llegaba a la final.

[...]

Dentro de veintiocho horas estaremos en Ezeiza para que todo el material entre en máquinas el domingo y pueda estar el lunes por la tarde en las calles de Buenos Aires. Se levanta el avión de Panamerican. La ventanilla recorta la impotencia de una ciudad con once millones de habitantes. ¿Qué queda allá abajo? Queda un poeta que llegó a rey. Que-

da un inconstante genial que trabajó de gasista, carpintero, cromador, cadete de cualquier ramo. Queda un hombre que solo hizo tres años de escuela y que jamás leyó un libro. Queda un bohemio simpático que quemó mucho tiempo bajo las luces de la noche y que odió el sol de las madrugadas. Queda el amigo inseparable que encontramos cada vez que llegamos a él. Queda el más sutil de los boxeadores que jamás hayamos visto, el gran innovador en el mundo de las narices quebradas y las orejas de repollo. Queda el fino poeta de la zurda genial, que a veces se ve obligado a transpirar para mostrar su grandeza, que siempre boxeó igual, antes y ahora. Queda una expresión que nadie puede medir en nuestro interior. Queda el nuevo rey de la categoría medio mediano júnior para que el mundo lo contemple (pp. 114-122).

Pero su pluma no solo se hizo presente en las jornadas históricas y donde estaban todos los *flashes* concentrados en los protagonistas. También tuvo la visión de hacer crónicas adelantadas al tiempo, y no gracias a un DeLorean DMC-12, sino por su olfato para detectar la noticia antes de que aconteciera. Así como Cartier-Bresson y el instante decisivo para la fotografía, El Veco sabía cómo podía anticiparse al resto y lograr una primicia. Fue así como el 14 de abril de 1970 dedicó la emotiva crónica “La novela de un joven pobre” a Carlos Monzón, quien apenas asomaba en el boxeo argentino pero que meses después saltaría a los primeros planos luego de noquear a Nino Benvenuti. En este caso, Emilio Lafferranderie escribía:

Tiene cara de indio, porque allá en San Javier le cargaron la sangre de la tierra. Tiene la desconfianza del aporreado, del que pasó hambre, del que alguna vez en la infancia desconcentrada aprendió a insultar a los uniformes de los milicos. La escuela fue solo una anécdota, la cara posterior de un pizarrón y la promesa de un “mañana yo te agarro”. En la casa de Amílcar Brusa me pide que le alcance la “juente” de ensalada y allí siento el profundo respeto que me arranca la confesión sin cuadernos, porque en todos los casos nos suma a la reflexión general [...]. Este Carlos Monzón me pregunta diez veces sobre la pelea con Benvenuti, sobre qué novedad tengo, sobre cuál es el último rumor que traigo de Buenos Aires (pp. 127-132).

Tras su salida de *El Gráfico* en 1971, El Veco trabajó en la revista *Canal TV*, de la misma editorial Atlántida, en Canal 9, en el semanario *El Espectador*, y en los diarios *La Opinión* y *La Hoja del Lunes*, así como en radio El Mundo y radio Splendid, en una época complicada por el golpe de Estado —denominado Operación Aries

por sus perpetradores— que tuvo lugar en 1976 y que depuso a la presidenta de la nación argentina María Estela Martínez de Perón el 24 de marzo de ese año. La junta militar, liderada por el teniente general Jorge Rafael Videla, el almirante Emilio Eduardo Massera y el brigadier general Orlando Ramón Agosti, hizo que la situación en el país se tornara complicada.

En el año 1980, en plena dictadura militar, surgió la posibilidad de regresar a su tierra natal para trabajar en radio Sport y en el periódico *Al Día*. La inminente realización de la Copa de Oro de Campeones del Mundo para celebrar los 50 años del primer Mundial había alentado a los medios a reforzar sus *staffs* para atraer mayores contratos publicitarios. En este contexto, Lafferranderie decidió retornar al país que lo vio nacer, solo que ya no era el joven periodista que se iba de su patria en busca de hacerse un nombre. Regresaba a lo grande: no todos los días se llega a ser editor de *El Gráfico*.

La vuelta a su tierra se dio de la mejor manera. Uruguay logró el título del certamen luego de vencer en la final a Brasil por 2-1. En su camino había dejado atrás a Holanda —que fue invitado para reemplazar a Inglaterra— e Italia. El ánimo estaba al tope para afrontar las eliminatorias rumbo a España 1982, más aún en un grupo que se presentaba a *priori* accesible, con Perú y Colombia. En medio de la algarabía por los éxitos deportivos que acompañaban a la celeste, El Veco era el estandarte de *El Día* y uno de los principales referentes del periodismo de su país.

El inicio de las eliminatorias cumplió con la lógica. Uruguay se impuso por 3-2 a Colombia pese a jugar un mal partido y se mantenía a la expectativa de su duelo ante Perú en Montevideo. Los incaicos debían cosechar al menos un empate ante los charrúas para mantener vivas sus chances de asegurar un lugar en la próxima Copa del Mundo. Si bien el Perú afrontaba el cotejo con tres puntos en dos partidos frente a los dos puntos que sumaba Uruguay, la celeste llegaba como favorita para clasificar al Mundial. En las calles de la vieja Montevideo se respiraba fútbol, y la confianza estaba instalada en cada ciudadano. Las salas de redacción de los principales periódicos del país no eran ajenas a este sentimiento.

Los descendientes del país que impidió que Brasil se coronara como campeón mundial en su mismo territorio en el año 1950 en una gesta conocida como “el maracanzazo” esperaban el triunfo de su selección. Todos menos un hombre: Emilio Lafferranderie, quien se mostraba muy cauto por el rival que tenían al frente.

En el Perú, la expectativa no era menor; existía mucha ilusión por llegar al Mundial de España y limpiar la imagen que se había dejado en Argentina 1978, donde la blanquirroja se había despedido con una goleada de 6-0 a favor del país anfitrión. Por ello, una gran cantidad de periodistas viajaron a tierras charrúas para cubrir las incidencias del partido, entre los que destacaban especialmente las figuras de Alfonso “Pocho” Rospigliosi, jefe de la sección de Deportes del diario *El Comercio*, y Mario Fernández, redactor de dicho medio.

Ambos periodistas arribaron en un vuelo comercial al Aeropuerto de Carrasco en Montevideo el martes 18 de agosto de 1981. Ese mismo día, y ya instalados en el Hotel Casino Oceanía, ubicado en la zona costera de Punta Gorda, recibieron la sorpresiva visita de El Veco, quien se había apersonado al lugar para saludar a Pocho, con quien tenía una buena relación, que databa de hacía varios años.

El encuentro, que se llevó a cabo en el *lobby* del hotel, dio lugar a un ameno intercambio de anécdotas, comentarios y hasta chistes. Fernández recuerda que la charla continuó por largos minutos, hasta que Pocho se dio cuenta de la hora y de la necesidad de comenzar a trabajar. Pero había un problema, no tenían un automóvil para movilizarse en sus comisiones:

—Veco, ¿usted sabe cómo puedo conseguir un coche que pueda utilizar por esta semana? Con la cobertura previa al partido, vamos a tener que estar de aquí para allá, y el cuerpo no da para tanto trajín.

—Querido Pocho, ¿por qué no me lo dijiste antes? Tomen el mío.

—No, Veco, ni hablar; Mario y yo no te vamos a incomodar.

—Por favor, ¿cuánto tiempo nos conocemos? Mi carro es suyo. Úsenlo durante toda la semana. Eso sí, por favor, tienen que calentarlo media hora y en la noche no lo dejen en la calle porque con la humedad luego se enfría el motor.

Tras estas palabras, El Veco sacó de su bolsillo las llaves de su Fiat blanco de cuatro puertas y se las entregó a Pocho. Los años de amistad y de confianza significaban mucho para un hombre educado que solía llevarse bien con todos, pero que era reservado a la vez. No cualquiera llegaba a ser su amigo. Pero Rospigliosi había logrado serlo por una relación que se construyó de modo paralelo al periodismo.

Luego de unas últimas palabras, El Veco se despidió, retirándose a pie a su casa. Por su parte, los periodistas peruanos iban a comenzar su maratónica cobertura. Aun-

que, lastimosamente para Lafferranderie, Pocho no siguió su pedido de esperar treinta minutos para arrancar el auto.

A menos de una semana para el decisivo cotejo entre Uruguay y el Perú, El Veco escribió una columna titulada “Perú tiene a sus tres mosqueteros”, en la que señaló el buen juego del equipo peruano. La precisión de la pierna zurda de César Cueto, la destreza con el balón de Julio César “El Diamante” Uribe, el desequilibrio de Gerónimo “Patrulla” Barbadillo y la velocidad de Juan Carlos Oblitas lo tenían fascinado. Además, destacaba la inteligencia y confianza que tenía el técnico de ese equipo, el brasileño Elba de Pádua Lima, conocido como “Tim”.

Lafferranderie sostenía esto porque había tenido la oportunidad de verlos en sus partidos previos frente a Colombia, en los que habían salido airosos, empatando 1-1 en Bogotá y ganando 2-0 en Lima. Y es que *Al Día* había sido el único medio uruguayo presente en ambos cotejos. El Veco escribió ese año lo siguiente en su columna:

El equipo peruano gira sobre la base de sus tres jugadores fundamentales: Jerónimo Barbadillo, puntero derecho; César Cueto, volante derecho, y Julio César Uribe, volante izquierdo. El resto acompaña, pero cada uno de estos tres hombres tiene un rol perfectamente definido dentro del equipo. El puntero derecho es mucho más que Muñante porque aparte de su habilidad es un hombre veloz, de fútbol cambiante, a veces el desborde, en otras el centro sin vacilaciones en plena carrera (gol de La Rosa en Colombia) y además es fuerte, ganador, como lo demostró en Bogotá [...]. César Cueto es el menos sacrificado, el más caminador de la cancha, pero aparte tiene su dominio de balón, tiene un panorama muy claro de la maniobra simple, del pelotazo cruzado en procura de la habilitación de Oblitas [...]. De Julio César Uribe, limeño, 24 años, 1.75 cm. ya sabíamos de su capacidad por haberlos visto en la gira que la selección efectuara el año pasado para jugar en Cochabamba y Lima. Es el más vistoso de los jugadores incaicos, el violín mayor.

Estos comentarios dieron lugar a uno de los mitos que se tejieron en torno a El Veco. Y es que, si bien hubo algunas críticas hacia su persona por haber dicho que el Perú era un buen equipo, lo cierto es que Lafferranderie se limitó a hacer un análisis completo y detallado de las fortalezas del rival de turno de su selección. Nada más,

nada menos. En todo momento expresó el deseo de que ganara su país, como era totalmente lógico y entendible, y esto se puede leer en su columna previa al cotejo, que salió el 22 de agosto de ese mismo año en *El Día*:

¿Qué es Perú? Un buen equipo que llega al Centenario algo ‘agrandado’ anímicamente por los tres puntos logrados en sus dos primeros partidos y con la certeza de saber que un triunfo en nuestro medio le daría virtualmente el pasaporte a España. ¿Y nosotros qué pensamos? Que si Uruguay obtiene la victoria ya los parientes de los jugadores pueden empezar a confeccionar la lista de souvenirs a traer desde Madrid en 1982. O sea que estamos en la misma situación...

En esa misma columna, manifestó su deseo de que la celeste brindara un buen juego, a pesar del mal momento colectivo e individual por el que pasaban:

Pensemos en la historia, dejemos las tizas y los pizarrones, soñemos con que abre el 81, que el día de Reyes fue ayer, que estamos en la posibilidad grande, inmensa, propia de un equipo ganador. Soñemos que las figuras vuelvan a su rendimiento, sin una sola falta, que todo quede atrás, sepultado definitivamente, que toda la teoría solo sea un bollo de papel hecho pedazos en el fondo de un cesto de desperdicios. Ya el domingo está ahí, al alcance de la mano y que esta vez —disculpa don Tim— el sol de la victoria sea nuestro, con eco de clarines, lágrimas de grapa y barahúnda de tambores...

Incluso el mismo día del partido y mediante otra columna, titulada “Sí, que pasemos otra vez de ‘lo peor a lo sublime’”, volvió a recalcar el deseo de que ganara la celeste, sin desmerecer al equipo peruano y evidenciar que Uruguay se encontraba en un nivel discreto.

¿Quién no puede querer que gane Uruguay? Estamos en primera fila, con el estandarte, pero también con las reservas que impone el adversario [...]. Ojalá que todo cambie, que Perú sea menos, que Uruguay resulte más, que en el minuto 91 sea otra vez la alegría de enero, la esperanza aquella de marzo del 80. Que no estamos tan lejos, se convierta en el abrazo a una victoria fundamental pegada al corazón.

Lejos de caer en el abrumador halago al rival, acaso de sufrir de “peruanitis”, El Veco brindó sus acostumbrados análisis, pero interpretaciones de terceros provocaron

una euforia desmedida en ciertos grupos del Perú, con lo que se creó una concepción errónea y distorsionada de la realidad.

El optimismo de cara al cotejo de vuelta que se llevaría a cabo el 6 de setiembre en el Estadio Nacional era grande luego del triunfo de 1-2 del Perú frente a Uruguay, con goles de Guillermo La Rosa y Julio César Uribe. ¡El Perú solo necesitaba un empate para asegurar su boleto a España!

Pero, en medio de las especulaciones sobre el once que mandaría Tim o los replanteamientos que efectuaría Roque Gastón Máspoli, técnico de los charrúas, Rospigliosi dejó a un lado su parafernalia deportiva habitual, esa misma que era producto de su inteligencia para medir las emociones de la gente, y emprendió una suerte de cruzada en aras de la imagen de Emilio Lafferranderie, a raíz de unos comentarios que había escuchado por parte de colegas tanto uruguayos como peruanos sobre un presunto maltrato que había sufrido El Veco por haber hablado bien del Perú.

Al mismo tiempo, el padre de *Ovación* y de *Gigante deportivo*¹ supo de la situación económica por la que atravesaba Uruguay y vislumbró la oportunidad perfecta para potenciar sus programas con la incorporación de Lafferranderie. Sin embargo, sabía que no sería una tarea sencilla, pues el factor económico era un aspecto importante que se debía considerar, además de que el periodista charrúa era muy apegado a su familia.

El inicio de su plan para incorporar a El Veco se dio de la mano de la clasificación del Perú al Mundial, luego de igualar 0-0 en el Estadio Nacional. Concluida la hazaña peruana, Pocho telefoneaba constantemente a su amigo para saber cómo transcurrían las cosas en Montevideo.

Como buen estratega, Rospigliosi supo que para traer a una personalidad de la talla de Lafferranderie era necesario contar con aliados. Así, convenció a Alejandro Miró Quesada Garland para que El Veco fuese uno de los colaboradores invitados de *El Comercio* para la cobertura de España 1982.

La situación no era la mejor en Uruguay. La economía se caía a pedazos producto de la devaluación de la moneda, y la inseguridad era lo único seguro en el

1 *Ovación* fue un programa de radio, y *Gigante deportivo*, uno de televisión.

día a día. Si no eran los militares comandados por Gregorio Álvarez y su sucesiva represión, eran los del Movimiento de Liberación Nacional - Tupamaros y sus atentados. Secuestros, asesinatos, torturas y censuras. De un momento a otro, cualquier uruguayo podía estar desahuciado.

A pesar de estos problemas, durante casi dos años *El Día* le pudo pagar sin problemas, pero para 1982 la situación obligó a El Veco a mirar nuevamente otras opciones de trabajo, pensando en el bienestar de su familia. Dentro de este panorama complicado, el bendito fútbol, precisamente el Mundial de España, fue una bocanada de oxígeno para pensar mejor las cosas, ya que, además de su trabajo habitual en el diario que fundó José Batlle y Ordóñez, recibió un ofrecimiento para ser colaborador de *El Comercio* en Lima, y eso le resultaba agradable, dada la afinidad que sentía con el Perú a raíz de las eliminatorias, y por los amigos que tenía allí.

De modo paralelo a la cobertura del España 1982, Pocho Rospigliosi, compañero periodístico de muchos años, le planteó la opción de venir al Perú por unos meses una vez concluida la cita mundialista. Este ofrecimiento le resultó atractivo, pero tenía que analizarlo con cuidado, ya que el viaje lo obligaría a estar lejos de su familia. Además, también contaba con la posibilidad de retornar a la Argentina, unirse a *Clarín* y trabajar con Horacio Pagani.

En los días previos a la inauguración de la Copa del Mundo, *El Comercio* anunció por todo lo alto las destacadas plumas que se encargarían de comentar las principales incidencias del certamen. Allí destacaban César Luis Menotti, Mario Vargas Llosa y, por supuesto, El Veco.

Tras dos meses de colaboración en los que Lafferranderie exhibió su pluma a los peruanos, Pocho, además del ofrecimiento de trabajo en el Perú para que escribiera en *El Comercio*, le dijo para trabajar junto a él por cuatro meses en el programa *Gigante deportivo*, espacio que conducía al lado de su hijo Luis Miguel, más conocido como Micky, en Panamericana Televisión.

Bastaron unas cuantas conversaciones para cerrar la venida de El Veco a tierras peruanas. La gran amistad que existía entre ellos fue un factor determinante para que el charrúa aceptara. Así, el 28 de agosto de 1982, con maleta hecha y boleto marcado, el que fuera jefe de redacción de *El Gráfico* partió solo hacia Lima para iniciar una nueva etapa.

“En la vida hay que dar golpes de timón; por eso, lo traje a El Veco”. Con estas palabras, un emocionado Pocho se refirió a su amigo Emilio Lafferranderie mientras se

dirigía al Aeropuerto Jorge Chávez junto con su colega Elejalder Godos para darle el encuentro. La noticia de la llegada del periodista uruguayo era el plato fuerte de *Ovación* y de *Gigante deportivo* en un fin de semana cargado de fútbol, con un clásico incluido.

La importancia que Rospigliosi le dio a la llegada de El Veco fue tal que su recibimiento se efectuó en vivo, como si se tratase del arribo de un futbolista estrella o de una comisión concerniente a la selección.

“Y ya llegó el periodista más importante del Río de La Plata, en su momento jefe de redacción de *El Gráfico* y jefe de la sección de Deportes del diario *El Día* de Uruguay. Ya llegó Emilio Lafferranderie, El Veco, y estará en *Ovación* y en *Gigante deportivo*”, señaló de forma rimbombante Pocho ante su arribo.

Godos recuerda cómo Pocho no paró de hablar con el charrúa una vez que este bajó del avión de Lan Chile y se acomodó en el automóvil que lo fue a recoger para trasladarlo a su nueva casa: el Hotel Savoy, ubicado en el jirón Cailloma, a pocas cuadras de la avenida Tacna.

Cuando lo dejaron descansando en su hotel, Pocho le dio la orden a Godos de ir a primera hora de la mañana a las instalaciones de radio El Sol —desde donde se emitía *Ovación*, uno de sus programas más importantes— para anunciar la llegada de El Veco durante el programa hípico de Roberto Álvarez Calderón Rey, Robalca. Pero eso no fue todo: ese mismo domingo aparecería por primera vez en *Gigante deportivo* a la una de la tarde, para luego empalmar con la cobertura del clásico entre Alianza Lima y Universitario, que jugaban en el Estadio Nacional a las tres. Una semana después, El Veco sería ovacionado y presentado en medio de fuertes aplausos en el programa de mayor sintonía por aquellos años en la televisión, *Trampolín a la fama*, que era conducido por Augusto Ferrando, amigo muy cercano de Pocho.

Domingo, 29 de agosto de 1982

No habían pasado ni 48 horas de su llegada a Lima, pero la acción tenía que comenzar, y vaya de qué manera: un clásico lo esperaba para que diera rienda suelta a sus comentarios y a su pluma. Y lo que aconteció aquella tarde de domingo en el

Estadio Nacional, más que ser un encuentro de fútbol entre Alianza Lima y Universitario, fue un recital de golpes digno de cualquier jornada pugilística en un cuadrilátero. Solo faltaron los guantes y la campana para anunciar el inicio de los *rounds* entre cremas y blanquiazules.

En un partido jugado con las revoluciones a mil, el árbitro Alfonso Postigo desató una descomunal trifulca entre los futbolistas de ambos equipos, luego de anularle un gol de tiro libre a Raúl García, jugador de Universitario, por haberlo ejecutado de modo directo cuando él había marcado indirecto alzando el brazo. Los hechos bochornosos producidos tras la anulación del gol ocasionaron que el trámite del partido pasara a un segundo plano. Aun así, y pese a la violencia, El Veco sorprendió en su debut como redactor de la revista *Ovación* con una crónica publicada el 31 de agosto que llevó como título “¡Qué bien pegan los dos!”, donde evidenció la delicadeza, pero a la vez la intensidad, de su pluma. Emilio Lafferranderie escribía así:

“Lo pensé en mi cabina de radio El Sol: No traje los guantes, ¡qué macana!”.

Mi lápiz estaba inactivo, pero las manos de los jugadores se movían más que los pies, se agitaban por todos. Uno sabe que en todos los clásicos el fútbol es lo de menos, y así lo marcan los cánones aunque la ilusión lleve al hincha a pretender hallar el espectáculo. De acuerdo, todo aceptado, pero creo que esa exhibición de *cross*, *uppercut*, *swing* y patadas de karate marca un récord. ¿Algo similar en mi repaso de 27 años con la profesión? Uno solo para el parangón: el incidente entre Uruguay y Brasil en el Sudamericano de 1959 en Buenos Aires, donde todos se trenzaron de la misma forma. Y más nada. ¡O mis tiempos de comentarista de boxeo en radio Splendid para seguir la campaña de Monzón en Europa! Ustedes me lo recordaron como si estuviera a la vera de un *ring*, mía no es la culpa. No se asusten porque no llego para horrorizarme por nada, porque tengo muchos Peñarol-Nacional en el recuerdo, un montón de River-Boca, algún Flamengo-Fluminense en la capital carioca, y la tónica siempre fue así. ¿Variantes? La quema de las camisetas, los émulo de Nerón en la hoguera pública y la demostración de su encono. Está mal, pero constituyó una novedad para este uruguayo que llegó a la dos de la mañana del día del partido en un vuelo bastante movido, presagio quizá de la batalla que iba a ocurrir en la cancha (pp. 16-18).

Pero el papel no le bastó a El Veco para comenzar a diferenciarse en el Perú. Su interminable léxico le permitió a más de uno conocer la diversidad de la lengua española: hizo que la no repetición de palabras fuera un arte. Su capacidad para relacionar la historia, el teatro y cualquier tema que a uno se le viniera a la cabeza propició que el

fútbol fuera más que patear un balón. Este deporte cobró un sentido más literario y se convirtió en una historia para contarse y compartirse. Y fue en la televisión donde su nombre terminó de ser reconocido por los peruanos.

Sobre una extensa mesa de madera de casi dos metros de longitud, la figura de Pocho Rospigliosi se alzaba imponente. Vistiendo siempre saco y corbata, ya sea de azul noche o de un naranja al alba, su corpulenta figura aparecía en el primer plano de las cámaras. Su pronunciada frente, su cabellera estratégicamente ordenada con gomina y sus rasgos marcados resultaban inconfundibles, como también lo era el movimiento de sus grandes manos, que lo hacían ver como si estuviera dirigiendo un partido de fútbol o una orquesta. Pero no se equivoque: él era un maestro de ceremonias que dirigía su propio *show*.

En una toma más abierta, los sillones de cuero donde se sentaban los invitados de turno destacaban de modo inconfundible, al igual que unas macetas ubicadas en la parte de atrás. Por su parte, la decoración dependía del evento deportivo de turno. En tiempo de eliminatorias, el blanco y el rojo no podían estar ausentes. La Eurocopa traía consigo un estilo más casual, propio de Occidente. El Mundial, en tanto, obligaba a ponerse elegante.

—Muy buenas noches, bienvenidos a *Gigante deportivo*, estas son las principales noticias de la jornada.

Con una voz gruesa y tono grandilocuente, Pocho iniciaba por todo lo alto su programa. Pero eso no era todo: se las ingeniaba para contar con una nueva atracción cada vez que podía. Es así que, en agosto de 1982, El Veco se convirtió en el centro de atención.

—Familia peruana, buen almuerzo.

Con esa frase y al promediar las dos y media de la tarde, Lafferranderie se hacía presente en el programa de Panamericana para comentar junto con Pocho los principales acontecimientos de la jornada. Aquella dupla resultó un *boom*, pues sus estilos distintos se complementaban. La desenvoltura campechana de Pocho, que apelaba al entretenimiento, encontraba una buena pared para avanzar hacia el arco

rival en los conocimientos sobre la historia del deporte y en las noticias de coyuntura internacional que El Veco daba.

Un episodio curioso, que se dio durante uno de los primeros programas de Pocho y El Veco, fue cuando Rospigliosi mandó que las cámaras de *Gigante deportivo* siguieran a Jaime Drago mientras hacía las compras del mercado cerca de su casa.

Y es que así era Rospigliosi. Ocurrente, capaz de conectar con el fútbol los hechos más cotidianos, los que podían parecer intrascendentes. En pleno programa en vivo, se *explayó* sobre el hecho de que Drago fuera a hacer la plaza. Comentó qué cosas compraba el futbolista y cómo iba vestido. De un momento a otro, se escucharon las risas de El Veco, quien no entendía qué significaba esta frase, *hacer la plaza*, por lo que pidió, en plena transmisión, que se lo explicaran.

Una vez fuera del set y con la luz de la cabina apagada, a diferencia de Pocho, que era fútbol mañana, tarde y noche, El Veco era un hombre que no se cansaba de extender su bagaje cultural, que siempre andaba con un libro bajo el brazo y a quien le gustaba visitar museos o ir al teatro.

El hecho de que el periodista uruguayo estuviera con la cabeza enterrada en hojas de papel llamaba la atención de Pocho. Como recuerda Mario Fernández, en una ocasión, durante el ida y vuelta por los pasillos del canal, Pocho, curioso por ver a su amigo con la mirada sumergida en un libro, le preguntó: “Veco, ¿qué lees?”, a lo que Lafferranderie respondió: “*Cien años de soledad*, de García Márquez; lo releo de vez en cuando para darme nuevas ideas. Es mi libro favorito”. Pocho, con gran extrañeza, solo atinó a decirle: “Ah, Veco, tú siempre leyendo cosas raras”. El hábito de lectura que tenía El Veco se reflejaba en sus intervenciones, que, como hemos dicho, no eran solo narraciones de un hecho deportivo, pues tejía con sus palabras un suceso único que iba más allá. Era un acontecimiento histórico, literario, artístico, científico. Su estilo para expresarse (¡parecía que había escrito previamente un guion!) contrastó rápidamente con el del resto de periodistas locales.

Así, durante sus primeras semanas en Lima, intercaló sus jornadas en *El Comercio* y en Panamericana con el descubrimiento de una ciudad que le parecía fascinante por sus contrastes y tamaño. Es allí que la figura de Miguel Portanova cobró gran importancia. Dejando de lado la formalidad y la cordialidad que lo caracterizaban en medio de sus transmisiones deportivas, el narrador peruano insigne del vóley y el boxeo se convirtió en el cicerone de Lafferranderie, y fue quien le mostró las distintas caras de Lima en pleno inicio de la década de 1980.

Lejos de la pasividad de una urbe pequeña como Montevideo, donde la familiaridad se observaba en cada esquina, Lima se erguía desordenada y atraía a un amante de las historias y de lo impredecible. Si los arqueros viven cómodos como seres ermitaños bajo tres maderos y los atacantes recorren como nómadas el largo y ancho territorio del rival en busca del botín máspreciado del fútbol, el gol, los cafetines y bares del centro fueron como oasis para El Veco, quien se sentía rejuvenecido, porque le hacían rememorar sus épocas de cabo en el mundo periodístico. Los primeros puntos de partida fueron el bar Queirolo del jirón Quilca y el Cordano del jirón Carabaya, frente a la estación de la calle Desamparados, aunque cualquier lugar con una silla y un par de mesas en el centro de la ciudad era bueno para una tertulia.

Los lugares lúgubres y bohemios no fueron los únicos que maravillaron al charrúa. La quietud que sentía al ver el océano Pacífico en los acantilados de Miraflores lo enamoró. Los dulces churros de Manolo en la avenida Larco, la densa neblina de los amaneceres limeños semejantes a los de Londres, el olor de la brisa marina, eran elementos que lo hacían volver una y otra vez a Miraflores, al igual que las olas del mar van y vienen hacia la orilla.

Y así donde descubrió que era allí donde quería vivir. Si el escritor Julio Ramón Ribeyro convirtió en cuentos sus historias mirafloresinas, Emilio Lafferranderie quería tener esa misma inspiración para comenzar su trabajo.

Pero dejando de lado los lugares, la costumbre que más le llamaba la atención a El Veco, y que recuerda Mario Fernández, era que no hubiera peruano que dejase de hablar de comida. Por ejemplo: “¿Nos juntamos a la hora del almuerzo?”, “¿Nos vemos para tomar lonche?”. “Nunca he escuchado que entre peruanos se digan: ‘¿Nos vemos a las tres de la tarde?’. Viven de comida en comida”, decía sonriente El Veco.

La sala de redacción de Deportes se ubicaba en el segundo piso, a la mano izquierda, dentro de la división de Lima Metropolitana. Si bien no tenía un horario fijo de entrada, El Veco siempre iba a la sede de *El Comercio* antes del mediodía. Al llegar, se acercaba a cada uno de los redactores de la planta. Un apretón de manos o un abrazo, dependiendo de la cercanía con la persona, acompañado de un “Cómo estás” o “Cómo vamos”.

Luego de saludar a los presentes, tomaba asiento en su escritorio ubicado en la parte izquierda del área y se ponía a escribir en una de las máquinas Harris que el diario adquirió a comienzos de la década. Aunque tenía claro lo que iba a narrar, trabajaba con lentitud, porque todavía no se acostumbraba a las nuevas tecnologías. Los espacios y las tildes lo complicaban. Y eso lo sabía muy bien Mario Fernández, compañero de la sección de Deportes y amigo suyo.

Una vez cerrada la edición del diario, Lafferranderie empezaba a recitar un repertorio de diversos tangos. Así, “Acordate” de Gardel podía escucharse en todo el ambiente:

*Y aunque te haga mucho mal
yo quiero que te acordés
de aquel hermano carrero
tan honrado y tan sincero
que nunca te volvió a hablar.*

No lo podía evitar. Era una persona espontánea. Al igual que los poemas de García Lorca, Gardel lo emocionaba al punto de hacerlo cantar fuertemente.

Con ritmo y melodía, su voz retumbaba en las paredes de la redacción y contagiaba su buen humor. Es más, tenía adeptos que le pedían más tangos. Bastaba decirle el nombre de la canción para que empezara a cantar nuevamente, con alegría y vitalidad. Pese a ser un hombre serio, tenía estos detalles, que reflejaban su espíritu jovial.

A las nueve de la mañana, un fuerte “¡Hola, qué tal!” interrumpía el sonido de las máquinas de escribir y de los cuchicheos en la oficina. Pocho, acompañado de dos hombres más, cual rey con su séquito de servidores, entraba al área de deportes con un elegante terno color naranja. El padre de *Gigante deportivo* y, además, jefe de la sección, tenía que escribir para su columna diaria. Pasadas las diez de una de esas mañanas, El Veco se puso de pie. Había terminado de escribir una crónica sobre la agitada vida del boxeador Jake LaMotta, desde que le quitó el invicto a Walker “Sugar Ray” Smith en 1949, pasando por sus farras nocturnas y los seis hijos que desperdigó por el mundo, hasta llegar a su inmortalización en el cine en 1980 con la grabación de la película *Raging Bull*, inspirada en sus vivencias, y que tuvo como protagonista al gran Robert De Niro. Pero, más que contar la accidentada vida de LaMotta, El Veco quería enfatizar una declaración del boxeador en la revista *The Ring*, donde señaló las

virtudes del pugilista argentino Carlos Monzón, al que Lafferranderie había tenido la oportunidad de conocer en persona y de quien había cubierto toda su carrera.

Unos metros más allá, la figura de un voluptuoso hombre estaba inmóvil frente de una máquina de escribir. En más de una hora, Pocho no había sido capaz de comenzar su columna. No tenía un tema sobre el cual redactar y la desazón lo comenzaba a fastidiar. De pronto, en medio de las revistas que tenía sobre su escritorio, la imagen de Pelé acostado en una hamaca en una playa de México le dio una idea: su columna del día narraría un encuentro con el astro brasileño. El foco se había prendido. Ya estaba la idea.

El sonido de sus grandes dedos machucando una y otra vez las teclas de la máquina de escribir retumbaba al mismo tiempo que el sudor brotaba por sus poros. Su mirada estaba clavada en la hoja de papel en blanco que poco a poco comenzaba a llenarse de hileras de letras. El teléfono sonaba a su costado, pero Pocho no respondía. No tenía tiempo para perder, quería acabar con su historia. Mario Fernández recuerda un episodio:

—Pocho, te buscan en el teléfono.

—¡No estoy para nadie! ¡Carajo, no me interrumpen cuando escribo!

De vuelta a su hoja a medio llenar, era el águila que no terminaba de cazar al ratón. Sus gritos causaban temor y podían escucharse en toda la redacción. Al cabo de unos minutos, y con sudor en la frente, Pocho dejó de teclear y se distendió en su silla. Había terminado de redactar su columna sobre Pelé. Con un gesto de sus brazos, llamó a un auxiliar y le pidió que buscara en el archivo del diario la foto del futbolista brasileño en una hamaca para que acompañara su texto. Una vez más, el conductor de *Gigante deportivo* había vencido la página en blanco gracias a una historia que ideó basándose en una fotografía. Sí, no era la primera vez que se daba a tal práctica, que habría dejado como un niño de pecho al mismísimo Julio Verne.

El sueldo de mil dólares que recibía El Veco por trabajar con Pocho en *Ovación* era una cifra que le permitía vivir con comodidad en la Lima de esos años. Sin embargo, sentía que merecía más, por su capacidad de análisis y su trayectoria.

A pocos días de acabar su contrato, Pocho se le acercó para hablarle de la renovación. Las condiciones del contrato básicamente se mantenían: una remuneración base de mil dólares más los auspicios que el uruguayo lograra conseguir.

—Lo siento, Pocho: no puedo quedarme en el Perú por ese sueldo; tengo una familia que mantener.

—Pero, Veco, tú sabes que yo soy muy cumplido con el tema del pago y no puedo comprometerme con una cifra más alta. Además, imagínate cómo se van a poner los otros miembros del equipo cuando sepan que ganas el doble que ellos.

Pese a los esfuerzos de Pocho por negociar su permanencia, El Veco no estaba dispuesto a ceder en sus pretensiones. Al cabo de unos minutos, la conversación acabó en buenos términos, pero sin un arreglo. Así lo recuerda Mario Fernández, amigo de ambos que estuvo al tanto de las negociaciones, por testimonio de los involucrados.

Se habían cumplido cuatro meses de la cordial invitación de Pocho. El año ya terminaba y Lima lucía congestionada por las fiestas. La maleta ya se encontraba hecha nuevamente y el boleto de avión había sido desempolvado. Era hora de retornar a Montevideo, de matar a la nostalgia y de reencontrarse con Nora, su esposa, y abrazar a Fabiana y a Emilito, sus hijos. Pero una llamada cambió su vida, y así lo recordaría en una entrevista que le hizo Panamericana Televisión.

El teléfono sonó en su habitación del Hotel Savoy. Cuando contestó, oyó una familiar voz al otro lado del auricular: era Genaro Delgado Parker, quien lo llamaba con urgencia, pues necesitaba hablar con él. No hizo falta una extensa conversación para que la reunión quedara pactada. Y es que, aun para un hombre con el recorrido de El Veco, con tantos años de experiencias con personalidades del deporte mundial, la cita con Genaro no era un encuentro cualquiera. El dueño del canal de televisión más importante del Perú irradiaba el poder que tenía, y sus palabras determinaban el futuro de las personas con quienes hablaba.

Cuando se vieron ambas figuras, el magnate de Panamericana Televisión fue directo, como siempre: “Mire, Veco, hemos creado un nuevo programa y queremos incluirlo. Su capacidad y su manera de expresarse marcan la diferencia en el medio. Usted tiene que quedarse, porque posee un lenguaje diferente que le gusta a la gente”.

Mientras El Veco observaba callado, Genaro continuaba hablando y apuntalando su propuesta de trabajo para retenerlo. “Sé que su boleto lo hace retornar a Uruguay, pero le propongo quedarse en Panamericana, dándole a cambio una cifra que no podrá rechazar. Por la familia ni se preocupe. Le prometo traerlos a todos. Y no solo eso. Le doy cuatro pasajes anuales para que no tenga que darle vida a su nostalgia”. Esta última frase fue lo que más recordó El Veco, y que luego compartiría con su amigo Mario Fernández cuando le contó por qué se quedó en el Perú.

Y es que no hacía falta añadir algo más. La contundente propuesta de Delgado Parker lo había dejado satisfecho. Un nuevo apretón marcó el cierre de la conversación: El Veco no se iba.

Con el transcurso de las semanas y ya asentado en el país, podía conocer al día a, por lo menos, diez personas cercanas al fútbol, ya sean técnicos, jugadores o dirigentes. Durante los entrenamientos de los clubes, El Veco recibía gran atención: todos querían conversar con él y, en el mejor de los casos, llamar su atención para una entrevista o una nota.

Si bien su trato era cortés con las personas que se le acercaban para conocerlo, él era reservado y, hasta cierto punto, distante. Sin embargo, en medio de sus agitadas jornadas en búsqueda de la noticia, conocería a quien sería uno de sus amigos más cercanos en el fútbol peruano. Ese amigo era el paraguayo César Cubilla, a quien todos en el mundo futbolístico llamaban “Cabezón”. Llegó al Perú en 1966 para defender la casaquilla del Estrella Roja de Piura y posteriormente tuvo un paso por el Octavio Espinosa de Ica, hasta su retiro a fines de la década de 1970. Su habilidad dentro de la cancha era limitada, pero tenía un don que lo hacía brillar fuera del césped: su capacidad para entablar relaciones de amistad. Esa misma capacidad hizo que se quedara en el Perú tras colgar los botines.

Sin dejar de lado el buzo, las zapatillas y un gorro para el calor, el Cabezón se puso el traje de técnico y comenzó su aventura con el pizarrón. Su primer equipo fue el Torino de Talara, la versión peruana del tradicional equipo italiano. Con un estilo táctico que combinó la rigidez paraguaya y el criollismo propio del Perú, Cubilla se afianzó en el rentado fútbol peruano.

En sus periplos por la accidentada geografía nacional, el Cabezón entabló una buena amistad con El Veco, a quien conoció en 1982, cuando radicó en Lima mientras dirigía al Sporting Cristal.

Aunque en un primer momento sus encuentros se dieron por gajes del oficio, con el tiempo adquirieron otra dimensión. Las pláticas lejos de las grabadoras y las libretas de apuntes sirvieron para que ambos descubriesen que tenían una empatía mutua. Pero sería en las sobremesas del *staff* de *Ovación* donde se construiría una relación más cercana, que también incluyó a Pocho. Y cómo no sería así, si los tres eran hombres que disfrutaban de la misma pasión.

Durante casi dos años, este trío entrelazó las salas de prensa con bares y restaurantes. Hasta que, al acabar 1983, el Cabezón recibió el ofrecimiento de la Federación Paraguaya de Fútbol para dirigir al equipo sub-20. Tras casi veinte años fuera de sus tierras, era hora de abandonar las nuestras y volver. Cubilla se iba y dejaba grandes amigos: Pocho y El Veco. Pero solo se trataría de un hasta luego, no de un adiós definitivo.

El departamento donde vivía El Veco junto con su esposa Nora y sus hijos Fabiana y Emilio, quienes habían llegado al Perú el 15 de enero de 1984, no era ni muy grande ni muy chico. Sala, comedor, cocina, lavandería y un par de habitaciones. No había nada ostentoso, ni siquiera en los aparatos electrónicos. El televisor y la radio eran los que se podían encontrar en cualquier hogar de clase media. La simpleza gobernaba cada metro cuadrado del inmueble. Al contrario de lo que se podría pensar de El Veco, no había rastros de banderines, camisetas o cualquier tipo de adorno que evidenciara que en esa casa vivía un amante del deporte. Luego de un almuerzo casero, pues era un hombre hogareño, se disponía a leer o a releer un libro, según las circunstancias.

La costumbre de leer literatura, heredada de sus padres, iba más allá de ser un entretenimiento. Le permitía enriquecer su bagaje cultural para contar sus historias. Para él, una nota escrita no podía salir publicada si no le ocasionaba al lector un sentimiento. Si no hacía reír o indignar, si no generaba una polémica, simplemente no servía, y se debía tirar a la basura. Para él, tampoco había que conformarse con reportar un

suceso. No solo se tenía que decir lo imprescindible, sino también lo importante, lo cautivador. Se debía contar lo que los lectores no habían podido ver. El Veco lo manifestó en muchas ocasiones en estos términos: “Y si te mandaron hasta el Japón a cubrir una pelea de boxeo, tienes que contar lo que la gente no ha visto. Si cuentas lo mismo que ya vieron en la transmisión, para qué demonios fuiste de viaje. Cuando salía con la máquina de escribir, como si fuera el fusil de soldado, yo la miraba con cariño y le decía: “Te voy a romper, porque voy a escribir la mejor crónica que pueda en esta cobertura”.

No se trataba de vender un hecho que en la realidad no ocurrió. Cautivar era hacer una nota lo suficientemente inteligente como para divertir al público hasta con el más aburrido de los resultados. El Veco decía que una nota debía tener entre cuatrocientas y quinientas palabras, y contar con una metáfora y un estilo que se acerque a lo literario pero de modo resumido; que no había que escribir para salir del paso, sino para quedarse, para afianzar el concepto que la gente pueda tener de uno. Así se expresaba, con energía, cuando le preguntaban cuál era su secreto para lograr una buena narración.

Pero, para llegar a este resultado, se tenía que estar en contacto con las obras de aquellos autores que lograban enamorar al lector con su pluma y su habilidad narrativa. Si no tenía entre manos *Cien años de soledad*, su novela de cabecera, que se sabía de memoria y que releía con la misma emoción que la primera vez, le gustaban las obras literarias que no fueran ambiciosas intelectualmente. Prefería disfrutar de historias que mostraran personajes simples y cotidianos, como lo eran Pietro Crespi y Remedios, la bella.

En la literatura peruana, los cuentos de Ribeyro, que tenía en una edición de Tusquets, le hacían pasar horas de entretenimiento. Pero, si hay algo que lo emocionaba y que le daba verdadera satisfacción, era la poesía de García Lorca, en especial *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*:

*A las cinco de la tarde.
Eran las cinco en punto de la tarde.
Un niño trajo la blanca sábana
a las cinco de la tarde.*

“La cogida y la muerte” (1935).

Sin aviso, a El Veco le gustaba recitar a viva voz este poema, porque la buena literatura lo conmovía y le hacía dar muestras espontáneas de genuina felicidad, una felicidad que se extendía más allá de las paredes de su casa... Y es que él disfrutaba con su trabajo porque lo mantenía vivo. Se expresó muchas veces en tal sentido: “El amor a esta profesión es lo que me mantiene. Este es el oficio más bonito del mundo. Yo voy a la radio a divertirme y no digo ‘Ah, tengo que ir a trabajar’. Yo voy porque me gusta hacerlo”, decía cuando era consultado sobre cómo se mantenía tan activo y vital en medio de la crónica, el programa de radio o la intervención televisiva.

Para poder revisar todo el contenido de esta edición,
visite nuestra **tienda virtual**.

